

el mundo, contra los hijos de Dios; son enemigos implacables de la Iglesia; son enemigos mortales de los pueblos cristianos (entendido bien); quieren engañar á los sencillos ó incautos para perderlos; quisieran acabar con la fé de Jesucristo, con toda institución católica, y con el espíritu y con el nombre cristiano, sus hechos son dañosos y acerbísimos... y en esta vida parece que arde en ellos el odio y sed de venganza contra Cristo que abrasa al demonio en los infiernos»

¿Que tal, Sr. Morayta, es deshonra el ser mason?

«A seguida recuerda el Sr. Nocedal aquellas palabras de Leon XIII hablando de las sectas ocultas que «conducen de hecho con la secta masónica» que son las siguientes «Además los afiliados dan palabra de seguridad de ciega obediencia á sus jefes y maestros, estan preparados á obedecerles á la mejor señal ó indicación, y de no hacerlo así, á no recusar los mas duros castigos ni la misma muerte. Y en efecto, cuando se ha juzgado que algunos han hecho traición al secreto ó han desobedecido las ordenes» (éigalo bien el Sr. Morayta) decía el Sr. Nocedal «no es raro DARLES MUERTE con tal audacia y destreza que el asesino burla muy amenudo las pesquisas de la policía y el castigo de la justicia.»

«¿Os parece, decía Nocedal, que es imposible decir mas de la masonería? os equivocáis.»

«El Vicario de Jesucristo conjura una y otra vez á sus hijos á apartarse y huir de la maldad de esta perversa secta y asquerosa peste.» ¡Que ninguno, dice, QUE ESTIME, en lo que debe, su PROFESION DE CATÓLICO y su salvación juzgue serle licito por ningun título dar su nombre á la secta masónica.»

Nos dirá el Sr. Morayta si esto no es especie injuriosa aplicada al rey de España, que es ahijado de Leon XIII, así como para cada hijo de vecino que no somos reyes?

Pero, adelante, copiemos del señor Nocedal, que para castigo del señor Morayta, y por si no se había enterado de las palabras del Romano Pontífice dice:

«Pero ello es que el Papa dice de los masones que son enemigos capitales de Dios y de los hombres, *aduladores y engañadores de reyes y pueblos*, perturbadores de la paz y las conciencias, corruptores de la sociedad y de las almas, fautores de todo vicio y perversidad, propagadores y causantes de toda corrupcion, que su doctrina es contraria á toda razon, necedad insigne y audacísima impiedad, que sus medios son el dolo y el engaño, el fingimiento y la calumnia, *aseschanzas y malas artes*; que su fin es impeler al género humano ignominioso y vergonzosamente á su última ruina;... que se esconden en las tinieblas y se disfrazan con mil máscaras y se unen en nefando consorcio y unos á otros se excitan en nefando atrevimiento; que son asesinos, que arman el brazo de los asesinos, que burlan á la justicia para asegurar la impunidad de los asesinos:... ¿Quién puede decir más, quiseo ha dicho tanto, que más se puede decir de la masonería y de los masones?»

En efecto, aqui parece debió concluir el Sr. Nocedal, y aqui vamos á concluir hoy nosotros, pues para otro día dejamos otros retazos que pusie-

ron de azul y oro á la masonería, á los masones y á todo lo que sabe á tal.

Para concluir, repetiremos al señor Morayta la preguntita: «entado lo expuesto, que el oyó como un *doctrino* en Castellon, de labios del Sr. Nocedal, ¿Es deshonra el ser mason?»

La solución la dará el Sr. Nocedal en números sucesivos.

Un doctor de vidrio

Muy lejos de Málaga y de las ocho provincias andaluzas vió la luz del sol el que fuera despues vivisima muestra de negra inconsciencia de origen. Este fragil doctor lo fué por que trabajando con pesados golpes el rico hierro en una fragua donde principiá á estañar humanidad, y donde su humanidad era tratado, dió lugar hándandose tan frágil que el mundo todo recuerda su dura procedencia.

¡Decir porqué quedó titulo de este doctor sería tanto como repetir lo que en aquel lugar sabian hasta los niños. El caso es, que aprovechando libertades revolucionarias hizo pasar su título por entre aquel revuelto río donde su ser pescador pudo pescar lo que no creyera ni él mismo, porque con la admiración que le causara se llenó de la más extraña locura que verse puede, en el comun de los hombres de su tiempo.

¡Quién podrá describir la fatuidad de nuestro hombre, paseando en la plaza de su pueblo, recibiendo miradas de sus vecinos y conocidos y todos contribuyendo inconscientemente á desarrollar la patulancia del nuevo doctor que se iba engrandeciendo hasta el punto de que en poco tiempo vieron los ciegos que los apesentados de la cabeza del improvisado sabio estaban huecos.

La política liberal de aquel tiempo dió digno hospedaje á nuestro héroe, y con ser ésta elanca de todos los errores y herijas por la ignorancia y transparencia del núcleo, facilmente le hubiesen despedido por que de puro malo no servía para serio, si algunos más prácticos examinadores no entendieran, que como si tracción podía dejarse. Antaño el tiempo pesa su conducta política á la misma altura que la de periodista que fué á do lo mala que puede encarecerse... En pocos años corrió y recorrió todos los partidos liberales, acudiendo siempre donde se daba mas, ó pudiera tomarse y sin parar en medios corria por la historia de su desercito, que llegó á ser tal que dormía tranquilo á las voces de las mas serias denuncias y de los mas duros adjetivos.

El diablo, que nunca duerme, tampoco estuvo ocioso con el desventurado doctor y le inspiró ¡claro! la idea diabólica de que fundase un periódico desde donde pudiera alabarse él mismo. Dicho y hecho, se fundó *El In-Defenso*.

¡Quién pudiera dar exacta cuenta de tal desastre! ¡Oh si los hombres vanos tomaran provechosa enseñanza de lo que pasó á este linchado literato! Dió comienzo denunciando á sus mismos compañeros de política, llamándoles ladrones y otras lindezas de este jaez, (verdad es, que entre liberales no es ningun grajo blanco el serlo), y puso los ánimos en tal grado de indignación, viéndose muchos individuos tan mal titulados y ofendidos con la literatura de su compañero de armas y fatigas, que remetiéron con nutrido chaparrón de improprios sobre la caduca personalidad del pobre doctor...

¡Que de donaires, y reticencias picantes! ¡Que de recordatorios de fechas y que de invidencias súbias dijeron! Por mucho cuidado que el ferruginoso doctor hubiese puesto en un buen examen de conciencia (que bastante falta le hacía) no hubiese salido nunca tan bien hecho como se lo dieron sus

mismos enemigos. ¡Oh desgracia! En vez de serle provechosa tanta desdicha y buscar una saludable reaccion en los consejos de un Sr. Cura que le estimulaba á este fin, siguió en impenitencia y recayó en su extraña locura, de irritarse por la cosa mas sencilla, aunque fuese dicha en su alabanza, y entendiá que se podría quebrar si le repetían el exámen hecho de él por sus enemigos.

¡Murió el doctor de vidrio! Pero fueron sus últimos días de relativo consuelo, porque para tranquilizar y guardar al doctor de vidrio pusieron sus deudos dos guardias ó coadjutores á su servicio para prohibir que nadie se acercase á decir algo al que se imaginaba intocable.

Desgracia grande! Si la ignorancia y soberbia lleva á los hombres á tan funestos fines, ¿por que no graban todos en su memoria, los sabios y santos consejos que Don Quijote dió á Sancho Panza?

«Primeramente ¡oh hijo! has de temer á Dios por que en temerlo está la verdadera sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

«Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á tí mismo, que es el mas difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocimiento saldrá al no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrás á ser feos pies de la rueda de tu locura por la consideración de haber guardado puercos en tu tierra.»

U. H. C.

EL ARBOL DE LA VIRGEN

El caudaloso Nilo, que se desliza con magestad entre bosques de elevadissimas palmeras, murmura en su corriente incomprensibles frases sobre el origen del primer legislador del mundo. La gran pirámide, célebre en todas las épocas, pero mucho más desde que la energía humana arrancado vé los secretos que envolvía en su seno de piedra, tal importancia ha tomado, que no es ya en concepto de los sabios la tumba de un Faraon como durante muchos siglos se ha creído; que no es un monumento mudo, que es el eco que á nuestra generación, envían las generaciones que vivieron cuatro mil años antes que la nuestra; y el desierto, inmensidad de tostadas arenas que sepulta caravanas enteras cuando sopia el terrible Kan-ín, nos indica un cataclismo en nuestro planeta durante el cual permanecieron confundidos mares y valles, montañas y ciudades.

El Nilo, las pirámides y el desierto... hé aqui tres colosales entidades que sintetizan el Egipto; hé aqui las tres manifestaciones materiales de aquel país que conocen aún las personas menos versadas en geografía, país rico en monumentos como en recuerdos, donde existe uno modesto, dulce, consolador, que no arre ata como las pirámides, que no asombra como el desierto, que no extremece como el Nilo; pero que es más elevado en su esencia, porque protegidos por él, se encontraron un momento el anciano José, la bella Maria y el divino Jesús.

Este monumento, es el *Arbol de la Virgen*.

A hora y media de distancia del Cairo, se encuentra un cristalino arroyo, pasado el cual, se penetra en un espeso bosque de palmeras, de saíces, de terebintatos y de uraujos que conducen á una pequeña pradeca, en cuyo centro, se alza un obelisco tendido por el más antiguo de Egipto.

Allí... en aquel solitario recinto, se levantó un día la opulenta Eliópolis, corte de los Faraones, ciudad en que fué recogido y educado Moisés y en la que huyó José dejando su manto entre las manos de la esposa de Putifar.

Poco despues, se encuentra una pe-

queña plaza casi circular rodeada de apiñado follaje, en medio de cuya plaza, se levanta un corpulento árbol, de copudas ramas, de verdes hojas, de grueso tronco, cuya arrugada corteza, revela bien á las claras los muchos siglos que pesa sobre él.

Este árbol llamado sicómoro ó higuera de Faraon, es el árbol de la Virgen, el que van á visitar gentes de todos los países, en cuyo tronco, todos gravan su nombre y de cuyas ramas, todos cogen algunas hojas para llevarlas á su patria y repartirlas entre sus familias y amigos como reliquia santa y como recuerdo de aquella feliz visita.

Poco tiempo despues de haber dado á luz la Inmaculada Maria al divino Jesús en la gruta de Belén, dormía tranquilamente en uno de sus peyos de piedra el Venerable José. Un ángel ordenó al casto esposo de Maria que huyera al Egipto, porque el cruel Herodes trataba de matar al Hijo de su Parísima Esposa, en cuyo momento, José, Maria y Jesús, aquella sacra familia, cuyo origen está en el cielo, comenzó su marcha cruzando arenas y desiertos hasta llegar á la antigua patria de los Faraones.

Fatigada la santa familia por el cansancio, abrasada por los ardores del Sol al cruzar los áridos campos sin pueblos y sin vejetacion (ya no existía Eliópolis) descubrieron un corpulento árbol, de muchas ramas y de fresca hoja, que les brindaba con su apacible sombra. Junto á su tronco, bajo sus ramas, encontraron descanso á su fátiga.

De repente, oye la sagrada familia un ruido como de tropas y percibiendo que eran las del inicuo Herodes que por todas partes buscaban al Divino Infante para cumplir el feróz mandato, apurados José y Maria, colocaron al niño en un hueco, que formaba el tronco del árbol y sentándose delante los divinos esposos, vieron pasar de largo las tropas de Herodes sin que estas lograsen descubrir al Niño, objeto del furor de tan sanguiinario monarca.

Aquel venturoso árbol que en un momento de calor ofreció descanso y frescura á José, Maria y Jesus; aquel árbol privilegiado que á Jesus salvó la vida cubriendo en tierra algo del cielo, es el sicómoro que describimos y el que desde entonces fue llamado «Arbol de la Virgen.»

Por eso van á visitarlo sacerdotes, príncipes, reyes, nobles, plebeyos, ricos, pobres y peregrinos de todas las naciones del mundo; por eso abrazan sus ramas; por eso besan el hueco de su tronco, porque aquellas ramas, dieron sombra á José, Maria y Jesus, porque aquel hueco, en su tronco abierto, cobijó al Divino Niño que despues habia de ser el Redentor del mundo y habia de abrir al hombre las puertas de la felicidad eterna.

¡Bendito árbol de la Virgen! Arbol sacrosanto que diste sombra á José y Maria y salvaste á Jesus; misterioso árbol que enlazas el Egipto con la Palestina y la historia de los Faraones con la de Cristo! ¡Yo te saludo desde el recinto en que escribo; y admirando tus efectos los alabo y los venero!

ELOY DIAZ GONZALEZ.

MERCADO

▲ consecuencia de las lluvias concurre poca uva forastera á este mercado, sosteniéndose con tal motivo los precios y casi mejorando, pues la uva blanca se ha vendido algunos días á 60 céntimos.

En Santa Cruz de Mudela se han facturado algunos vagones de uva para Andalucía; los exportadores pagaban á dos reales y medio la arroba de uva blanca puesta en la estación.

